PENSAR HISTÓRICAMENTE

POR NOEMÍ S. HERVITZ
Y LUIS ALBERTO DE LA GARZA

> El peso muerto de generaciones desaparecidas de historiadores, amanuenses y cronistas, ha determinado sin posibilidad de apelación nuestra idea del pasado.
>
> E. H. Carr, *¿Qué es la historia?*

La posibilidad de proponer una enseñanza que lleve al sujeto a pensar históricamente, es decir, a vivir su propia historicidad, implica analizar tres momentos en la propia historia de este quehacer. El presente artículo intenta criticar los dos momentos existentes y plantear un tercero que se está desarrollando y que debe superar dialécticamente los anteriores en la enseñanza de la historia.

El primer momento al que alude la mencionada cita de E. H. Carr es la historia moralizante, la historia patria, la historia política en tanto historia fáctica a través de la cual los *curricula* oficiales transmiten la ideología de la clase dominante y con ella una falsa conciencia del quehacer histórico.

Esta educación histórica que se repite en todos los niveles condiciona, en un segundo momento, actitudes y mentalidades no solo de rechazo a la disciplina histórica que aburre de tantas fechas y batallas; sino que impide al alumno pensarse históricamente, entender su presente y posibilitar su propia transformación.

De ahí que como profesores de historia abogamos por retomar la enseñanza de la historia, en un tercer momento que plantee el sentido de enseñar historia —como señalábamos en un artículo anterior (Cfr. *Del historicismo y los historicistas*)— para dar cuenta de nuestra propia historicidad, como una forma de concebir problemas, desde la cual sea posible "transformar conciencias para que piensen y practiquen transformando a su vez su propia historicidad libremente".

¿Cómo aprendimos historia? Aquí podemos enumerar una serie de axiomas que representarían nuestra captación y por ende lo que nos transmitieron sobre la historia, a la que llamaremos "la política de la historiografía."

No profundizaremos por ahora la discusión —por otra parte ya abundante— del significado de la historia patria moralizante cuyas razones de ser se encontrarían, más dentro de la explicación del proceso político que propiamente del rigor histórico. En este sentido, la falsificación y la mitificación de los hechos corresponde a un proceso de control de la historia (como pasado) por parte de las clases y grupos dominantes que tiene como fin la legitimación de *su* presente, al mismo tiempo que es vehículo de transmisión de su ideología.

El culto a los héroes, la conmemoración de las grandes fechas, *el descubrimiento* de los hilos conductores del proceso histórico que se plasma y justifica en *el hoy y el aquí*, el control de las interpretaciones a partir de los 'libros de texto' y de los 'programas vigentes y autorizados' son unas de las tantas manifestaciones del sentido de este tipo de enseñanza de la historia.

A guisa de ejemplo podemos señalar el problema de los santorales laicos que se ofrecen en casi todos los sistemas de educación con respecto a la historia. Aquí se involucra el papel que juegan los héroes en las historias nacionales: héroes moralizantes, semidioses perfectos e inmaculados cuyas vidas estuvieron destinadas de principio a fin a pensar, actuar y luchar por el bienestar común y la grandeza de la patria. Maniqueísmo y mitificación, cuyo culto erige a los gobernantes y sus ideólogos en supremos sacerdotes de la religión a la historia.

Héroes que sirven como ejemplo a la niñez y a la juventud que debe emularlos y que son impensables como hombres reales; héroes que se encarnan sucesivamente en la figura del gobernante en turno; héroes que desde sus pedestales observan satisfechos como sus premoniciones sobre el futuro estan plasmadas en el presente *oficializado.*

Pero, ¿quién elige a los héroes? Aquí, la política educativa como parte de la ideología política de un país determinado decidirá quiénes son los "buenos" y quiénes los "malos". De esta manera tendremos a veces dos o más historias que representan diversas concepciones historiográficas y traducen su postura política respecto a un proceso histórico determinado que sirve para justificar las luchas presentes. Pero también encontramos historias únicas, donde la historia se presenta como una sumatoria de acrobacias y malabarismos fantásticos en donde todos los "héroes" se amalgaman en su mismo estrato, borrándose las contradicciones, las rivalidades, las luchas y las diferencias del proyecto histórico que cada uno de ellos representó en un momento; y por supuesto, presentando los asesinatos y las muertes entre ellos como un proceso 'normal' de la 'revolución que acaba devorando a sus propios hijos', tan cara a esta concepción lineal de la historia.

Este tipo de discurso histórico es también un instrumento político en lo que se refiere a los grandes temas y acontecimientos que deben recobrarse del pasado. Nuevamente ¿quién, cómo, por qué se eligen los temas y los acontecimientos dignos de mención histórica?

La exaltación de algunos de ellos o de ciertas fechas, no son ni acumulativas ni invariables en la historia; no son siempre parte del acervo histórico nacional, sino que van cambiando en tanto cambian las condiciones históricas de esa nación. Las fechas son emblemas nacionales relativamente permanentes que indican el triunfo de un país sobre otro, el fin de una opresión extranjera o la victoria de un grupo social sobre otro; pero si el tiempo pasa y las condiciones internacionales o nacionales de esos entonces enemigos, se modifican tornándolos en aliados en una nueva coyuntura histórica, esas fechas se olvidarán, dado que ya no sirve recordarlas ni para el propio país, ni para el hasta en-

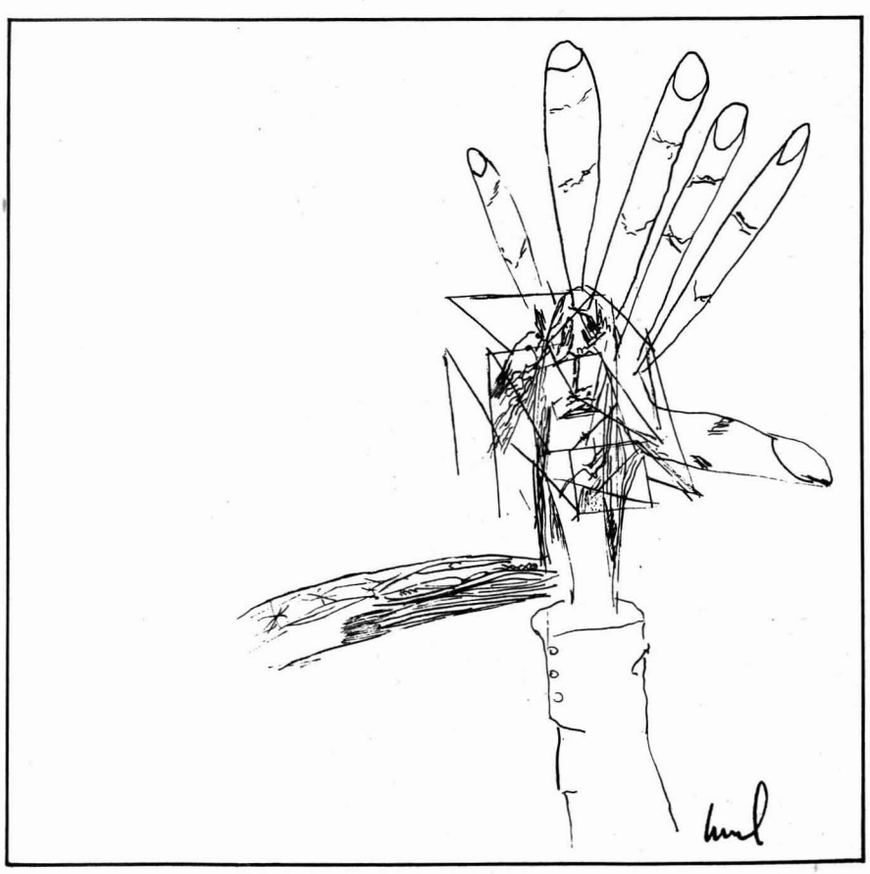
Luis Alberto de la Garza y Noemí S. Hervitz, son investigadores y catedráticos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

tonces ex-enemigo y desaparecen del calendario histórico.

De la misma manera se cambia en forma arbitraria, por decreto, la importancia o el sentido de determinadas luchas, cuando éstas ya no cumplen con las necesidades del poder, o cuando pierden su identificación con las causas populares mediante la elaboración de los grandes espectáculos patrios.

Esto permite igualmente realizar una historia determinada a posteriori donde los aparatos de dominación *deciden* atribuir a un personaje el hecho realizado por otro, para hacer coherente su visión de un proceso uniforme, o de suprimir y falsificar los acontecimientos que ponen en peligro —por ser reales y contradictorios— esta uniformidad. En este sentido resulta relativamente sencilla la función de la historia en la praxis de los grupos dominantes, en cuanto que ésta se encuentra determinada por el interés político y no por la objetividad científica aunque esta objetividad —por supuesto— no es necesariamente contraria a los intereses de las clases y grupos dominantes.

De acuerdo a lo que señalábamos, la interpretación de la historia en la praxis social de las clases dirigentes la convierte en una disciplina al servicio de éstas, lo cual se refleja necesariamente en las formas de enseñanza que conducen, en términos generales, a una serie de condicionamientos negativos del estudiante hacia el conocimiento de la historia.



La mayor parte de los sistemas educativos incluyen en su *curricula* la asignatura de historia en sus diferentes niveles. El estudiante se enfrenta a ésta como a un obstáculo que hay que superar, como una carga de inutilidad que hay que sobrellevar para continuar en la escuela.

Los condicionamientos negativos a que hacíamos referencia son de diversa índole, pero tienen en común el impedir la comprensión de la historia como un elemento de conocimiento de la realidad. Son negativos, en tanto que la historia ha sido presentada como una "ciencia" de tipo positivista, donde la enseñanza de los hechos se presenta de una forma *imparcial*, tal y como lo señalara la célebre posición de Ranke en la que sostenía que la historia "es lo que realmente ha sucedido... la verdad escueta, sin ningun adorno, sin nada de fantasía; *nada de imaginación*". (sub. nuestro)

El resultado de ello ha sido el de concebir la enseñanza de la historia *sin problema histórico*, transformada en una cronología en la que se suman dinastías, reinados, gobernantes, guerras, batallas, acuerdos y tratados... cuyo resultado es *La HISTORIA*. No es pues el conocimiento de la historia, sino la descripción de una realidad fija y estática, que se concibe como muerta (el pasado) lo que se enseña y por tanto, lo que crea esta actitud negativa, además de que el propio método positivista que recurre a la cronología para enseñar la sucesión de los hechos implica a nivel pedagógico, la recurrencia a una historia memorizadora, historizante, en donde no se trata de la necesidad de definir el pasado para entrelazarlo al futuro sino de congelar el presente como meta —la historia como civismo.

Es a partir de esta visión última que la historia pierde su lógica interna, que impide al estudiante razonarla en el sentido de comprenderla y asir las ligazones del proceso, y en donde, por el contrario el conocimiento se transforma en un mero cuadro caótico de cuestiones sin sentido o armonizadas, a fuerza de suprimir y deformar sus componentes. En ella prevalece el *así fue* antes que *los por qués*, la incoherencia sumatoria sobre la reflexión y el análisis, la descripción de los acontecimientos evidentes en lugar de pensar históricamente.

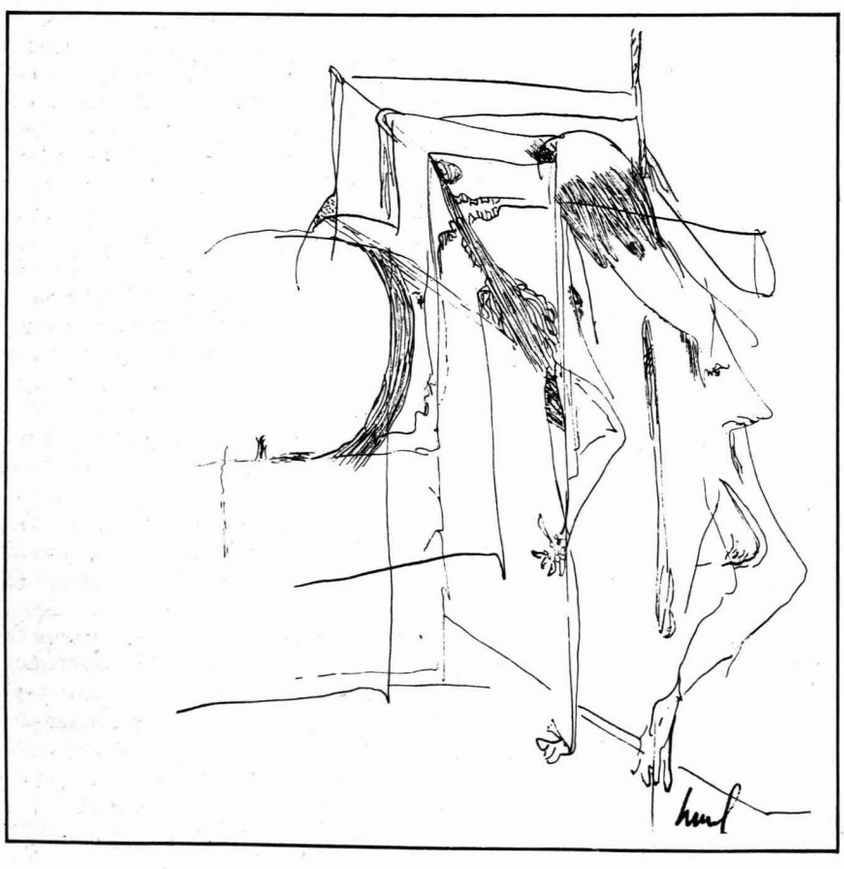
Desde la misma perspectiva puede analizarse la falta de sentido que aparece en la enseñanza de la historia con respecto a sus interrelaciones. El aprendizaje de lo particular a lo general, de lo local a lo nacional y de éste a lo universal, adolecen de la misma deformación aritmética que ya habíamos mencionado antes: una comunidad mas una invasión externa igual a un país colonial; un estado colonial menos un grupo dominante extranjero igual a un estado independiente; un estado independiente dividido entre muchos personajes ambiciosos igual a un período de anarquía...

DIBUJOS DE MANUEL MIRANDA

La imposibilidad de explicar científicamente el proceso histórico en sus particularidades y sus generalidades, en sus elementos de continuidad y de cambio, de contradicción y transformación, presenta un obstáculo infranqueable al conocimiento y comprensión de sus múltiples interrelaciones para situarlo como un todo determinante y determinado a la vez. En la práctica generalizada por el contrario, los procesos se manifiestan como estructuras aisladas e inamovibles que en el mejor de los casos llevan paréntesis de interrelación o crean de nueva cuenta un falso discurso aritmético de la historia universal.

Resulta entonces necesaria la discusión sobre el sentido de la enseñanza de la historia, incluso como profesión para que deje de ser ese pesado fardo que hay que soportar en el proceso de educación primaria y media y para mostrar que no constituye una pérdida de tiempo ni algo alejado de la enseñanza de otras profesiones, sino que por el contrario, resulta la vía natural de conocimiento de la realidad en cuanto su historicidad y de la comprensión de la sociedad y del hombre como productor y producto de sus circunstancias.

Este tercer momento que se plantea como un nuevo combate por la historia, combate para plantear una enseñanza que recupere nuestra propia historicidad, revela una serie de parámetros que es necesario revaluar. El primero y fundamental es la diferencia y coincidencia entre "escribir historia" y "hacer la historia."



Estos postulados que parecen tan claros, han sido sistemáticamente confundidos por un planteo idealista de la historia que hace coincidir ambos, ya que los grandes hombres hacen la historia y entre ellos surgen "naturalmente" los que la escriben. Pero revisemos sus postulados: ¿Quiénes escriben la historia? Los historiadores profesionales, aquellos científicos sociales cuyo trabajo es estudiar un período histórico, describirlo, explicarlo (en el mejor de los casos) para entender cómo pensaron los hombres de ese momento, cómo interpretaron su propia coyuntura histórica, cuáles fueron las alternativas que tuvieron respecto de su propio futuro y cuál fue el camino que se dio, asi como los intentos que quedaron a la vera del mismo, pero no por ello fuera de la historia. Estos mismos profesionales usualmente reflexionaron y reflexionan sobre su propio quehacer, sobre los principios de causalidad, sobre sus problemas metodológicos o sobre el marco teórico, y cada uno dio una respuesta a la pregunta básica y clásica de qué es la historia.

Respuestas que dependen tanto de las diversas posiciones teóricas como de las nuevas preocupaciones que sobre la propia ciencia histórica se han desarrollado en los últimos años. Señalaremos entre las corrientes más difundidas hoy día, aquellas que nos parecen significativas para ejemplificar el sentido de este quehacer tanto por su concepción tradicional como por las nuevas posibilidades que se abren:

F. Suárez: "La historia son los hechos verdaderos, pertenecientes al pasado, de cierta relevancia."

E. Ravignani: "Historia es la rama del saber que revive, estudia y representa el progreso de la cultura humana en forma especializada."

J. Huizinga: "Historia es la forma espiritual en que una cultura se rinde cuentas de su pasado."

H. Collingwood: "La historia es la recreación del pensamiento pasado en la mente del historiador."

Foustel de Coulanges: "La historia no es la acumulación de acontecimientos de todo tipo que ocurrieron en el pasado, sino que es la ciencia de las sociedades humanas."

M. Bloch: "La historia es la ciencia de los hombres en el tiempo y en el espacio."

H. I. Marrou: "La historia es el conocimiento del pasado humano".

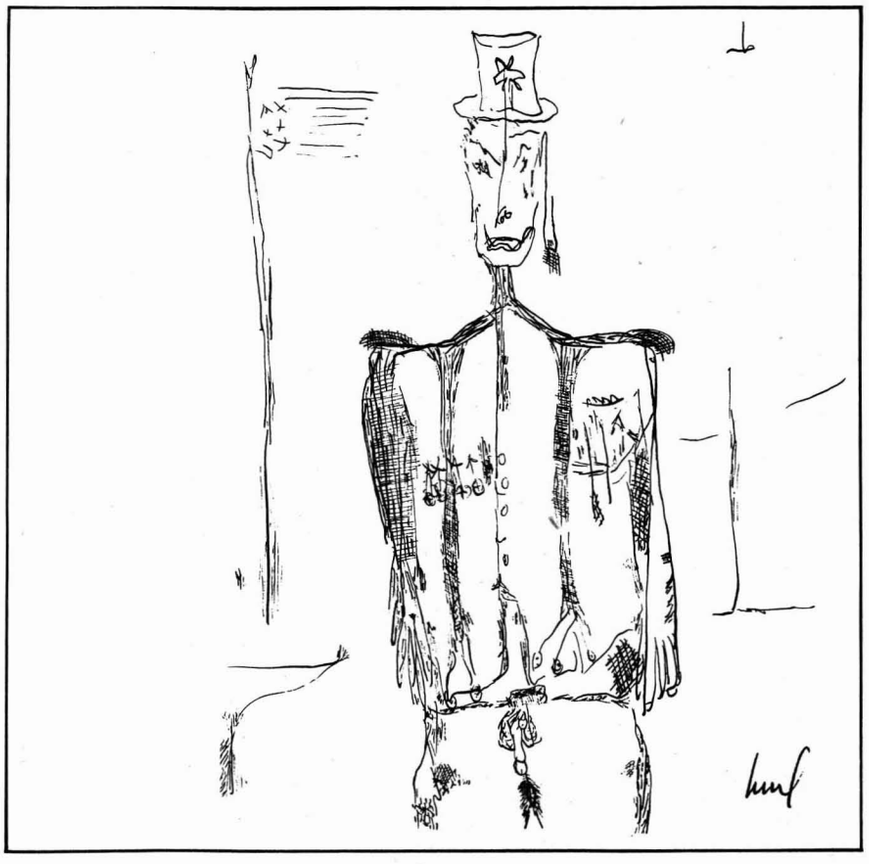
E. H. Carr: "La historia es el diálogo entre los acontecimientos del pasado y las metas del futuro que emergen progresivamente."

J. Chesnaux: "La relación dialéctica entre pasado y futuro, hecha a la vez de continuidad y de ruptura, de cohesión y lucha es la trama misma de la historia."

E. Hobsbawm: "La historia de la sociedad (es) una colaboración entre los modelos generales de la estructura y del cambio sociales, y el conjunto de fenómenos específicos que de hecho ocurrieron."
P. Vilar: "Pensar todo históricamente, he ahí el marxismo, que sea o no después de ésto, un 'historicismo' es... querella de palabras... la historia se piensa en el espacio como en el tiempo."

Aunque este quehacer pareciera, y de hecho profesionalmente es, una actividad en la mayoría de los casos individual, desde una perspectiva global del conocimiento es un quehacer colectivo, en tanto acumulativo, ya que cada uno desde su perspectiva, desde su trabajo y desde su posición teórica, aportó un mayor conocimiento del pasado para entender mejor el presente.

Releyendo las definiciones se verá que el común denominador de todas ellas es el *tiempo*. Este es el parámetro propio de la historia ya que al historiador no le interesa fundamentalmente los hechos del pasado sino *cómo* fue pasando, no le interesa la cosa en sí, sino cómo deviene. Pero esto tampoco es inamovible, su dimensión va variando en función de una mayor praxis política, y el propio componente tiempo se modifica según las épocas, enriqueciendo la interpretación de la historia.



Durante un largo período se entendió la historia como el estudio del *pasado*. En este siglo se ha planteado que es la interacción entre el *pasado y presente*, que es el presente el que formula las preguntas al pasado, y más recientemente, las definiciones incluyen el *futuro*. La historia formula las preguntas al pasado para entender el presente y transformarlo en función de un proyecto futuro.

Otro punto de acuerdo en las diversas concepciones sobre la historia, es el del hombre como sujeto fundamental de estudio. Todas las corrientes aceptan el hecho de que es el hombre el que hace la historia, mas sin embargo no queda claro a qué hombres se refiere cada una de ellas; lo héroes o las masas, entre quienes existe una polarización de comprensiones. Quienes "hacen la historia" son los hombres todos, Juan y María, burgueses y proletarios, Carlomagno y Fidel Castro, masas y líderes, campesinos y maestros, artistas y desocupados. Si aceptamos con Gramsci que el hombre es el conjunto de las relaciones sociales más devenir, o sea libertad, es el hombre entendido en estos términos el que está haciendo la historia y toda teoría de la historia tiene así la determinación correctiva de la práctica, que no es común a todas las clases y grupos de la sociedad. Por el contrario, los distintos actores de la historia, desde su propia práxis tendrán su punto de vista sobre la historia y de este quehacer colectivo, activo y contradictorio surgirán las diversas interpretaciones.

Los distintos grupos y clases en tanto que son actores de la historia reflexionan sobre su propio quehacer. Reflexión que deriva del sentido común que da la memoria histórica, o de una teorización que está mediada por los intelectuales orgánicos de las mismas. La reflexión teórica en su unidad y diversidad es producto social de los hombres que participan de las mismas condiciones históricas.

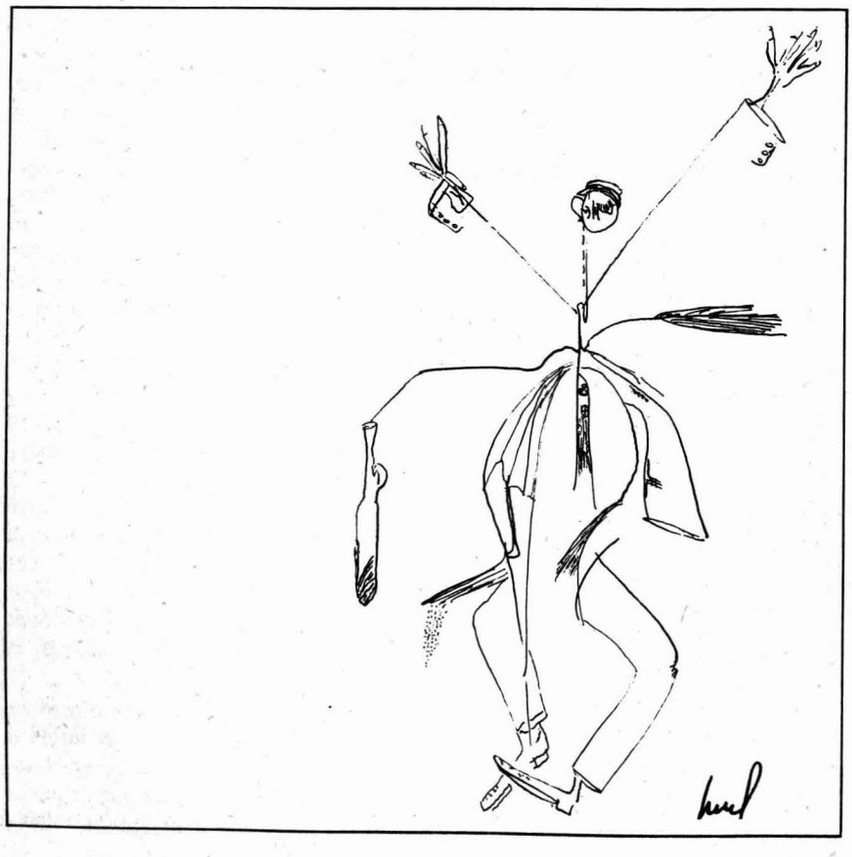
Si el movimiento obrero por ejemplo, estudia su propia historia, encontrará en su pasado las sublevaciones, huelgas o revoluciones que legitimicen su lucha presente en función de su propia transformación. Lo mismo es válido para cualquier otro grupo que no se reconoce en las versiones oficiales, en las que se han eliminado determinadas coyunturas o en donde se han considerado secundarias sus acciones porque ello estorba a la comprensión histórica de los grupos dominantes. En este sentido, incluso aquellos profesionales de la historia vinculados a la historiografía oficial aportan elementos para el conocimiento de nuestro pasado, porque si en algunos casos sus postulados son falsos también ello es fuente de estudio, pues como diría M. Bloch, la mentira en sí misma es un testimonio.

Volviendo a la definición del hombre que mencionamos anteriormente, marcábamos el término devenir-libertad. Este es un punto crucial en el sistema de enseñanza de la historia, ya que el estudiante toma naturalmente el pasado como un tiem-

po fósil y determinado, en el que las cosas fueron fatalmente así. Una historia enseñada en la perspectiva que estamos planteando implica que el estudiante comprenda que en cualquier tiempo pasado esos hombres no estaban totalmente determinados, sino que tuvieron alternativas y que políticamente eligieron entre ellas. Si es así entenderán su propia historicidad para comprender su condicionamiento social, pero también sus alternativas presentes respecto a su propio futuro. Como diría Labrousse sobre las leyes históricas, "éstas no tienen el carácter relativamente inexorable de las leyes físicas. Lo que caracteriza a la ley en las ciencias humanas es precisamente su caracter de pluralidad. La ley no es una necesidad, es una probabilidad 'mayoritaria', y a veces de una grado bastante bajo. La ley no permite tanto prever cuanto apostar".

Concebida la historia en estos términos —escribir y hacer—, la enseñanza de la historia debe ser expresión de ambos para que el estudiante, como señalábamos, entienda que su historicidad es el estudio del pasado como vía de conocimiento de su realidad presente para así poder transformarla. Lucien Febvre decía que una historia problemática es una forma de conciencia que "permitirá a sus contemporáneos, a sus conciudadanos, comprender mejor los dramas de que van a ser, de que ya son, todos juntos, actores y espectadores".

A pesar de los distintos conceptos y definiciones sobre el quehacer histórico —que es una reflexión que viene después del quehacer mismo— la historia no es más que lo que una época piensa sobre sí misma y traduce dicha reflexión a todo su pasado. Es por ello que la historia se escribe tantas veces y de maneras tan distintas; por que cada época o cada sociedad, se piensa distinta y le hace preguntas distintas a su propio pasado.



La comprensión de nuestros conceptos teóricos sobre la realidad es válida para nosotros en cuanto que éstas son fundamentalmente categorías históricas. Esto implica reconocer que continuamente se transforma la organización de los hombres, sus formas productivas, sus manifestaciones culturales, concepciones científicas creencias modas, etc.; y que paralelamente se modifica su ambiente natural, sus espacios geográficos en su explotación y utilización, así como la imagen que el hombre tiene de su mundo. Entender que el mundo se transforma dialécticamente —a pesar de los fenómenos de larga duración— en procesos de continuidad y de ruptura desde el punto de vista del hombre y de la sociedad nos posibilita hacer una historia misma y diferente a la vez. Es aquí donde aparecen también los momentos de quiebra, las coyunturas que hacen posibles los desfasajes en el proceso histórico, momentos especiales donde se da la conjunción de elementos presentes pero no siempre interrelacionados, que posibilitan las transformaciones cualitativas de la historia.

De ahí que la enseñanza de la historia debería recuperar una dimensión fundamental: que la historicidad no es propia de la historia como una disciplina autónoma, sino que la historia impregna el quehacer científico en su totalidad. Queremos decir que no podemos diferenciar entre sociología, filosofía, antropología, ciencia política, historia, etc. como disciplinas independientes con su propio objeto de estudio. Esta parcialización es producto de la especialidad y complejidad de las áreas de estudio, pero la comprensión de los procesos sólo puede darse es su totalidad.

Desde este punto de vista la historia puede recuperar la categoría de totalidad, que el proceso del quehacer histórico como el de la comprensión misma de la realidad en sus múltiples facetas segmentó, pero cuya última alternativa es volver a esa unidad dialéctica como principio intelectual en toda investigación y docencia.

La historia debe plantear aquella categoría que le es propia, el tiempo, para ubicar los procesos y así entender que las ideas se gestaron históricamente y no se puede por tanto trasponer actitudes mecanicistas, porque entender el tiempo de otros hombres y otras épocas es ayudar a diferenciar el nuestro. Una enseñanza de esta índole no sólo recupera la historia en su verdadera perspectiva sino que da sentido a la posibilidad de enseñar a pensar históricamente.